

Conozca al Maestro

El camino a Emaús (Lucas 24.13–36)

Cuando yo era chico, amaba las películas sobre “Caminos”, entre ellas: con Bing Crosby y Bob Hope, “Camino a Zanzíbar” (1941), “Camino a Marruecos” (1942), “Camino a Bali” (1952), y todas las demás. La Biblia tiene una “historia sobre un camino” en Lucas 24. No obstante, la historia que cuenta Lucas 24 no es jocosa como sí lo eran las películas de las que disfrutaba largo tiempo atrás. Más bien, es una historia hermosa, conmovedora, con tremendas implicaciones espirituales.

El mensaje que deseo sacar del texto es el que sugiere el versículo 21 cuando Cleofas y su amigo dijeron: “Pero *nosotros esperábamos*¹ que él era el que había de redimir a Israel” (énfasis nuestro). El mensaje de este pasaje es de *esperanza*. En nuestras lecciones veremos la esperanza extinguida, y después revivida.

LA ESPERANZA ARREBATADA (24.13–14)

Una de las cosas que se lee, cuando se estudia el relato de Lucas, de la resurrección, es acerca de las mujeres que vinieron a la tumba, el primer día

de la semana, y que fueron testigos de la aparición de los dos ángeles (vv. 1–7). Allí nos damos cuenta de que, después de que las mujeres refirieron el hecho “a los once, y a todos los demás” (v. 9), Pedro corrió hasta la tumba y la encontró vacía (v. 12). Antes del versículo 13, no leemos de una aparición de resurrección.² Esta es la primera.

La historia comienza así: “Y he aquí, dos de ellos... iban el mismo día a una aldea llamada Emaús, que estaba a sesenta estadios de Jerusalén” (v. 13). Era todavía el mismo día en que las mujeres encontraron la tumba vacía. La frase “dos de ellos” nos informa de que éstos eran del grupo más amplio de discípulos al cual se le llamaba: “todos los demás”, en el versículo 9. Uno de ellos se llamaba Cleofas (v. 18);³ no se nos dice el nombre del otro. Tal vez era la esposa de Cleofas.⁴ Los dos se dirigían a casa,⁵ y provenían de Jerusalén, e iban en dirección a la pequeña aldea de Emaús.⁶

“Ir a casa” —¡Cuán especiales son tales palabras! Cuando estoy lejos de casa, cuento los días

¹ En la versión King James, en inglés, se lee “confiábamos”, pero lo que se lee en el texto original es la palabra que se traduce como: “esperanza”. ² Otros relatos del evangelio nos dicen que, para cuando Jesús se le apareció a los dos viajeros del camino a Emaús, él ya se le había aparecido a María Magdalena y a las otras mujeres. Los cuatro relatos del evangelio se suplementan unos a otros. Para poder obtener la historia completa, acerca de la resurrección de Jesús, uno debe combinar los cuatro relatos. ³ No hay nada más que sepamos acerca de Cleofas. Hay una tradición, la cual sugiere que Cleofas era un hermano de José, el tío, por la ley, de Jesús. Pero no hay nada que sustente esta posibilidad. ⁴ Existe una antigua tradición, la cual dice que el discípulo, cuyo nombre no se menciona, era Lucas, sin embargo, la frase “nuestros gobernantes” (v. 20) indica que los dos eran judíos (es probable que Lucas fuera griego). Hay quienes dicen que ese discípulo era Pedro, pero el versículo 34 parece eliminar tal posibilidad. Ese discípulo es usualmente representado como un hombre, y en la NASB se lee: “hombres insensatos” en el versículo 25, sin embargo, la palabra hombres allí, fue suplida por los traductores. La frase podría traducirse, como en la Reina-Valera, “insensatos”. Dado que el versículo 29 indica que vivían en la misma casa, no es irrazonable pensar que se tratara de la esposa de Cleofas. ⁵ Los versículos 28 y 29 de la historia, nos informan que la casa de ellos se encontraba en Emaús. ⁶ No tenemos certeza de la ubicación geográfica de Emaús. La mayoría de los eruditos creen que se encontraba hacia el oeste o el noroeste de Jerusalén. Hoy día existe un sitio, el cual se le ha señalado tradicionalmente, a los turistas, como el lugar en donde se encontraba Emaús, sin embargo, se encuentra a treinta kilómetros, y no a once, de Jerusalén.

que faltan para poder regresar.⁷ Bien podría esperarse que estos dos se sintieran felices. Les rodeaba la belleza del tiempo de primavera. La yerba estaba tornándose verde, de los árboles brotaban yemas, las flores comenzaban a abrirse, y las aves cantaban. Los dos discípulos, no obstante, no veían nada de esto. Caminaban despacio, sus rostros estaban marcados con lágrimas,⁸ pues iban a casa después de haber estado en un funeral. Muchos de ustedes que han andado por esta ruta, una ruta apisonada por el paso de millones de pies y mojada por billones de lágrimas. No obstante, no era que simplemente iban a casa después del funeral de aquel que habían amado. Iban a casa, del funeral de uno en quien habían puesto su esperanza y su confianza; iban a casa después de haber estado en el funeral de Jesús. Así que, caminaban lentamente, iban abatidos.

“E iban hablando entre sí de todas aquellas cosas que habían acontecido” (v. 14). Nótese la palabra “todas”. No sólo hablaban de la muerte de Jesús; también hablaban de aquel informe, causante de perplejidad, que las mujeres habían traído de la tumba, y el hecho de que Pedro y Juan habían encontrado vacía la tumba. El versículo 15 dice que “hablaban y discutían”, y el versículo 17 hace notar que ellos tenían “pláticas” entre sí. El texto original dice que literalmente se lanzaban las palabras el uno al otro como quien lanza una pelota. Hablaban y conversaban, discutían y deliberaban, ponderaban y reflexionaban. Hablaban del mismo tema una y otra vez, pero no llegaban a ninguna conclusión.

Muchos de nosotros hemos andado por este camino. Nos hemos sentido tristes y solos. Se nos ha llegado a ocurrir que si Dios no está muerto, lo más probable es que se halla ido lejos. Hemos estado perplejos, llenos de duda, y con la esperanza nada más que extinguida en nuestros corazones. Además, entre más tratábamos de ver la razón detrás de todo ello, más confundidos nos sentíamos. Así como los dos discípulos que se dirigían a Emaús, hemos estado andando a tropezones.

LA ESPERANZA REAVIVADA (24.15–17)

“Sucedió que mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo se acercó, y caminaba con ellos” (v. 15). Cuando caminaban lentamente, oyeron

el sonido de pisadas detrás de ellos. Tal vez echaron su mirada para atrás y vieron a un extraño acercarse, por lo que apuraron el paso para ir más rápido. Pero, pronto el extraño estaba caminando junto a ellos.

Esto es lo que el versículo 16 hace notar: “Mas los ojos de ellos estaban velados, para que no le conociesen”.⁹ No sé por qué fue, que no reconocieron a Jesús. Tal vez la frase “estaban velados” signifique que había intervención divina con tal propósito. Dios puede haber tratado de impedir que ellos reconocieran a Jesús mientras no fuera el momento correcto (nótese el versículo 31).

Otra posibilidad es que ellos no reconocieran a Jesús porque el cuerpo con el cual había resucitado era diferente al que él tenía anteriormente. Esto fue lo que Marcos escribió: “Pero después apareció *en otra forma* a dos de ellos que iban de camino, yendo al campo” (Marcos 16.12; énfasis nuestro). Sabemos que el cuerpo con el cual resucitó era diferente, en algunas formas, a su cuerpo anterior (1 Corintios 15.44). Por ejemplo, con el cuerpo con el cual resucitó, Jesús podía caminar a través de puertas cerradas. También sabemos que hubo otros que al inicio tampoco reconocieron a Jesús (Juan 20.14; 21.4; Mateo 28.17): María Magdalena, cuando estuvo junto a la tumba; los discípulos, que estaban a orillas del mar de Galilea.¹⁰ Tal vez esto explique por qué no reconocieron a su amado Jesús.

Sospecho que al menos parte del problema se anidaba en los corazones de los dos discípulos. Los ojos de ellos estaban tan llenos de la imagen de la tumba, que no podían ver al Señor resucitado. Jesús les había dicho con bastante frecuencia a sus discípulos, acerca de su muerte y subsiguiente resurrección.¹¹ Por ejemplo, cuando Jesús bajó del monte de la Transfiguración, esto fue lo que les dijo a sus discípulos: “No digáis a nadie la visión, hasta que el Hijo del Hombre resucite de los muertos” (Mateo 17.9). Más adelante, en el mismo capítulo, esto fue lo que les dijo: “El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; mas al tercer día resucitará” (Mateo 17.22–23). En otras palabras, Jesús estaba exactamente donde él dijo que iba a estar, según lo marcado en su agenda divina. No obstante, el prejuicio cierra los ojos del entendimiento (Mateo 13.15). La incapacidad de los discípulos para entender cómo

⁷ Disfruto de ir a lugares nuevos y de hacer actividades diferentes, sin embargo, jamás me siento a gusto mientras esté lejos de casa. No solamente cuento los días; también cuento las cosas que hacer: “Sólo tres noches en esta cama, sólo dos baños en esta tina, sólo cuatro afeitadas más”. Cuando por fin inicio el viaje a casa, cuento las paradas: “¡Sólo una parada más, sólo dos horas y media faltan!”. ⁸ El versículo 17 hace notar que estaban “tristes”. En la NVI se lee que estaban “cabizbajos”. ⁹ En la versión King James se lee como en el texto original aquí. Otras traducciones lo traducen así: “Algo les impedía reconocerlo” (NVI); “a sus ojos se les impedía reconocerlo” (Versión Revised Standard, en inglés). ¹⁰ Según lo narra la continuación de la historia, cuando Jesús por fin se le apareció a todos los discípulos, éstos, al comienzo, pensaron que se trataba de un espíritu (Lucas 24.37). ¹¹ Mateo 12.38–40; Juan 2.19–21; etc.

era posible que el Mesías pudiese *morir*, puede haber sido un factor importante para causarles que “los ojos de ellos [estuviesen] velados”, al punto, que no conocían que éste era Jesús.

Cualquiera que haya sido la razón por la que no lo reconocieron,¹² lo cierto es que Jesús estaba a punto de abrirles los ojos e iluminarles su entendimiento. “Y les dijo: ¿Qué pláticas son estas que tenéis entre vosotros mientras camináis, y por qué estáis tristes?” (v. 17). Las palabras de Jesús los hicieron detener su paso. Tal vez hasta se sintieron ofendidos momentáneamente. La tristeza es algo privado. A la mayoría de nosotros no nos gusta hablar con extraños cuando la tristeza inunda nuestros corazones.

No obstante, Cleofas, por fin, respondió: “¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no has sabido las cosas que en ella han acontecido en estos días?” (v. 18). Había un cierto matiz de reprensión en sus palabras, ¿daba a entender que el forastero debió haber sido el menos informado de todos los hombres del país! “¡No se ha hecho esto en algún rincón!” (Hechos 26.26). Cleofas no podía creer que el hombre que estaba al lado de ellos, ni siquiera hubiese oído acerca de lo que había ocurrido.

Jesús, sin embargo, no reaccionó. En lugar de ello, simplemente preguntó: “¿Qué cosas?” (v. 19a). “Y ellos le dijeron: De Jesús nazareno,¹³ que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo” (v. 19b). Obsérvese el nivel de fe de los discípulos. Creían que Jesús era profeta, y lo era —un profeta como Moisés (cf. Hechos 3.22; 7.37). Creían que era poderoso en obra y en palabra; habían visto sus milagros y oído su enseñanza. Pero la fe de ellos se quedaba corta. No comprendían plenamente quién era Jesús —como para ser capaz de hacer tales cosas.

Cleofas continuó con su explicación al “no informado” forastero: “Y cómo le entregaron los principales sacerdotes y nuestros gobernantes a sentencia de muerte, y le crucificaron” (v. 20).¹⁴ Luego, añadió con tristeza: “Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel” (v. 21a). Tal vez Cleofas y su compañero habían estado entre la multitud que se había alineado a ambos lados de la calle, una semana atrás, durante la entrada triunfal de Jesús a Jerusalén, cuando

todos vitoreaban: “¡Hossana!” Las expectativas se habían elevado, pero fueron estrelladas contra el suelo. La frase “redimir a Israel” se refería, no a la redención espiritual, sino, a la redención material. Habían tenido la expectativa de que el Mesías viniera con un despliegue de pompa y poder, que destruyera a los romanos y rescatara a Israel. La cruz era incompatible con el sueño de ellos. La palabra “esperábamos” se encuentra en tiempo pasado. De la esperanza de ellos no quedaban más que las cenizas.

Tal vez, nosotros también hayamos tenido nuestras esperanzas estrelladas contra el suelo. Teníamos esperanza de que esto o aquello ocurriera —puede que incluso tuviéramos la expectativa de que ocurriese. Luego, nada ocurrió —y la desilusión casi nos aplastó.

Me puedo imaginar a Cleofas sacudiendo su cabeza antes de continuar: “Y ahora, además de todo esto, hoy es el tercer día desde que esto ha acontecido” (v. 21b). Cuando usted y yo leemos la frase “el tercer día”, ella tiene un significado especial para nosotros. “El tercer día —o sea ¡el día cuando Jesús dijo que resucitaría de entre los muertos!”¹⁵ Sin embargo, no era esto lo que Cleofas estaba dando a entender. Esto es lo que estaba diciendo: “Ya ha pasado *un largo tiempo* desde que Jesús murió. Esperamos para ver si ocurría algo, pero no ocurrió. Hoy, ya *el tercer día* está a punto de acabar —ya casi oscurece— y nada ha ocurrido. Así que, vamos a casa”.

Cuando lo que entendemos no es lo que deberíamos entender, nuestra perspectiva se oscurece y la esperanza se puede extinguir.

Los dos discípulos estaban no sólo desilusionados, desanimados y deprimidos; también estaban confundidos. Cleofas expresó la confusión de los dos con las siguientes palabras:

Aunque también nos han asombrado unas mujeres de entre nosotros, las que antes del día fueron al sepulcro; y como no hallaron su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto visión de ángeles, quienes dijeron que él vive (vv. 22–23).

El versículo 11 hace notar que cuando las mujeres vinieron “a los once, y a todos los demás” (v.

¹² Tal vez fue una combinación de estos factores —y de otros— lo que les impidió reconocer a Jesús. ¹³ Había otros en aquel tiempo, que llevaban el nombre “Jesús” (Recuérdese que “Jesús” es la forma en griego de “Josué”). Cleofas le explicó de *cuál* Jesús se trataba, a este “forastero ignorante”, al decir “Jesús nazareno”, o “Jesús de Nazareth” (NVI, VKJ, VRS).

¹⁴ Es difícil que un judío se refiriera a Pilato y a los otros oficiales romanos, como a “nuestros gobernantes”. Aparentemente, Cleofas no mencionó a los romanos ni la parte de ellos en la crucifixión. Una declaración como ésta, hoy día, sería tildada de “antisemita”, pero fue hecha por un judío. El prejuicio y el maltrato hacia cualquier grupo de personas jamás es justificable, pero la Biblia hace caer la culpa por la crucifixión de Jesús, en los hombros de los judíos y de sus líderes (Hechos 2.23). ¹⁵ Mateo 16.21; 17.23; etc.

9) con su historia, las palabras de ellas “les parecían locura... y no las creían”. En la versión KJ se lee que “las palabras de ellas les parecían cuentos ociosos” —un cuento de hadas, fabricado por mujeres con mucho tiempo sin saber que hacer con éste.

Hoy día, los incrédulos dicen que los discípulos eran un montón de crédulos, prestos a aferrarse de cualquier noticia que sugiriera que la resurrección había ocurrido. La verdad es que los discípulos no anticipaban la resurrección, y ¡fueron necesarias poderosas pruebas para convencerlos!

Cleofas concluyó así su explicación: “Y fueron algunos de los nuestros al sepulcro, y hallaron así como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron” (v. 24). La referencia es a Pedro y a Juan (Lucas 24.12; Juan 20.1–10). Cleofas y su amigo concordaban en que algún misterio había. La tumba estaba vacía. El cuerpo de Jesús había desaparecido, y no sabían qué le había ocurrido a éste. No obstante, ellos no consideraron que esto fuera una prueba. Más bien, los dejaba perplejos.¹⁶

Jesús había escuchado con paciencia. Ahora le tocaba hablar. Sus primeras palabras debieron haber sorprendido a Cleofas y a su compañero: “Entonces él les dijo: ¡Oh insensatos,¹⁷ y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!” (v. 25). Son cuatro palabras las que en griego significan: “insensato”. La palabra que Jesús usó es la más débil y menos ofensiva de las cuatro. En la versión New English Bible se lee: “Cuán lerdos sois”. Hay una paráfrasis¹⁸ en la que se lee: “Cuán estúpidos sois”. No importa cómo uno lo traduzca, ¡lo que Jesús dijo no fue un cumplido!

Dudo que Jesús dijera estas palabras con rudeza. Lo imagino hablando suavemente, con tristeza en su voz. Estos discípulos —todos los discípulos de Jesús— habían tenido la oportunidad de entender al Mesías y su misión. Los profetas habían dicho claramente acerca de la necesidad de que el Mesías sufriera por los pecados de la humanidad. La primera profecía respecto al Mesías, que se encuentra en Génesis 3.15, decía que sería necesario que él fuese “herido” para vencer el poder de Satanás. El Salmo 22 habló de que sus manos y pies serían horadados (v. 16) y comenzaba con las palabras que Jesús citó en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (v.

1). Isaías 53 se centraba totalmente en el concepto del Siervo Sufriente. El versículo 5 hacía notar: “Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados”.

El problema de los discípulos es recalcado por el uso que hace Jesús de la palabra “todo”: “¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer *todo* lo que los profetas han dicho!”. Los discípulos creían en una porción de lo que los profetas habían dicho; les gustaban las partes en las que el Mesías era descrito como rey y como gobernante. No les gustaban las referencias proféticas al sufrimiento del Mesías. Eran culpables de lo que Burton Coffman llama el enfoque “corte y pegue” que se hace de las Escrituras.¹⁹

Hoy en día, hay muchos que todavía abordan la palabra de Dios con el enfoque “corte y pegue”. Les gusta lo que la Biblia dice acerca del amor de Dios, pero no lo que la Biblia dice acerca de la ira de Dios. Les gusta la idea de un Dios amoroso, pero les incomoda el concepto de temerle a Dios. Les gusta la enseñanza de la Biblia acerca de un cielo eterno, pero echan fuera el concepto de un infierno eterno. Lo que Jesús, en efecto, dijo, fue que, si no estamos dispuestos a aceptar *todo* lo que Dios ha dicho, ¡nosotros, también, somos “insensatos, y tardos de corazón”!

Así continuó Jesús: “¿No era necesario que el Cristo [i.e., el Mesías]²⁰ padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?” (v. 26). La palabra del griego que se traduce como “necesario” es *dei*, la cual se refiere a lo que es *absolutamente necesario*. La cruz no era una opción; ¡fue una parte indispensable del plan de Dios para redimir al hombre!

La idea de que el Mesías tenía que *sufrir* era aquello con lo cual los discípulos forcejeaban. Un “Mesías sufriente” era un concepto que se contradecía a sí mismo. Cuando los rabinos enseñaban pasajes sobre el Siervo Sufriente, tal como Isaías 53, ellos aplicaban las referencias a la gloria al Mesías, pero las referencias al sufrimiento al pueblo judío. Así que, Pablo habló de la cruz como un “tropezadero” para los judíos (1 Corintios 1.23). Jesús señalaba que el sufrimiento y la gloria iban juntos —y que de hecho, el camino a la gloria *pasa por* el del sufrimiento, y que no podía haber corona sin primero haber habido una cruz.²¹

¹⁶ Las palabras de los dos nos dan una idea de la lucha que debió haberse estado gestando en los corazones de todos los discípulos de Jesús, incluyendo a muchos de los once. ¹⁷ En la versión KJ se lee “Oh necios”. ¹⁸ La versión “Cotton Patch”. ¹⁹ James Burton Coffman, *Commentary of Luke (Comentario de Lucas)* (Abilene, Tex.: A.C.U. Press, 1975), 467. ²⁰ La palabra “Cristo” es la forma en griego de la palabra en hebreo “Mesías”. Ambas significan “el ungido”. ²¹ Hay un cántico entre la juventud el cual se titula “Haz Señor”, el cual dice: “Si no cargas con la cruz, entonces no puedes llevar la corona”. Los proclamadores del “evangelio de la salud y las riquezas” enseñan que un hijo fiel de Dios, jamás debería tener problemas de ninguna clase, sin embargo, esto fue lo que dijo Pablo: “Es necesario que a través de *muchas tribulaciones* entremos en el reino de Dios” (Hechos 14.22; énfasis nuestro).

¿Qué podía hacer Jesús para ayudarles a creer a estos discípulos? “Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (v. 27). Aun con todo lo poderosa que la presencia de Jesús pudo haber sido, él todavía apeló a las Escrituras. ¡Necesitamos hacer lo mismo (Romanos 10.17)!

¿No le hubiera gustado haber estado allí para escuchar aquel sermón, cuando Jesús llevó a los dos discípulos en un estudio sistemático de la Biblia a través del Antiguo Testamento? Son más de trescientas las profecías que se encuentran en el Antiguo Testamento que anticipan la venida del Mesías, sin contar los tipos y las sombras. Es probable que Jesús comenzara con la primera parte del primer libro escrito por Moisés y que luego explicara cómo la caída del hombre hizo que Dios hiciera la promesa de la “simiente” (Génesis 3.15). Pudo haber trazado las promesas de Dios desde el comienzo hasta llegar a Malaquías, quien profetizó acerca de uno que vendría delante del Mesías (Malaquías 3.1ff.). ¡Qué gran sermón debió haber sido éste!

A propósito, ¿cómo cree usted que Jesús hizo esto? ¿Habría dicho: “Aquí tengo mi Biblia en mi mochila, marcada y lista para usarse. Saquen sus Biblias, y les mostraré los pasajes mientras vamos caminando. Ahora vuelvan la página a Génesis 3.15 ...”? Usted sabe que no fue esto lo que él hizo. La persona promedio no tenía las Escrituras en su haber, ni siquiera una porción de ellas.²² ¡Jesús podía llevar a estos viajeros en un viaje por las Escrituras porque él tenía las Escrituras en su cabeza! Las había estudiado y memorizado.²³ Además, los dos discípulos debieron haber estado familiarizados con las Escrituras al punto que podían reconocer que lo que el forastero decía era verdad. Me parece ver cuando asentían con sus cabezas, y cuando decían: “¡Sí es cierto! ¡Eso es lo que dice! ¡Jamás lo habíamos visto desde ese ángulo anteriormente!”

Cuando Jesús llevó a estos dos viajeros a través del Antiguo Testamento, la esperanza ardió nuevamente en los corazones de ellos. Observe lo que después dijeron: “¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?” (v. 32). La pequeña chispa de esperanza que ya casi se había extinguido comenzó a arder nuevamente. Todo lo que había sucedido comenzó a tener sentido. Las Escrituras

enseñaban que la cruz no era prueba de una derrota sino que era una promesa de victoria. Además, la palabra enseñaba que después de la muerte del Mesías, ocurriría la resurrección del Mesías. ¡La esperanza fue reavivada!

LA ESPERANZA ES RECONOCIDA (24.28–32)

Mientras Jesús abría las Escrituras, a los ojos de los dos discípulos, ellos de repente se dieron cuenta de que habían llegado a su destino. “Llegaron a la aldea adonde iban” (v. 28a). Sin duda que se sorprendieron de lo rápido que el tiempo había pasado.

“Y [Jesús] hizo como que iba más lejos” (v. 28b). No era que Jesús estuviese jugándoles alguna pasada. Su conducta allí fue consistente con la que desplegó en todas las situaciones. Jesús nunca obliga a nadie a que lo reconozca. Si los dos discípulos no insistían en que se quedara, él no se quedaría. ¡Esta es una parte crucial de la historia! ¡Si Jesús hubiera continuado su camino, los dos discípulos jamás sabrían que era con el Señor resucitado con quien habían estado!²⁴ (Así también, Dios tiene un plan para su vida, pero él no lo va a obligar a usted a seguirlo. Es *usted* el que debe tomar la decisión de armonizar su vida con la voluntad de él. Si usted no lo hace, ¡jamás conocerá lo que Dios le tiene reservado!).

“Mas ellos le obligaron a quedarse, diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado” (v. 29a). En la NVI se lee “ellos *insistieron*” (énfasis nuestro). Si deseamos que alguien permanezca con nosotros, sabemos cómo persuadirlo, ¿cierto? Por otro lado, si deseamos ser corteses y a la vez ahorrar nuestros alimentos, también sabemos cómo hacerlo, decimos: “Dése la vuelta un día y nos visita” o “Deberíamos reunirnos para almorzar, pronto”. Estos dos discípulos realmente querían que Jesús se quedara, por ello *insistieron*: “Ya es casi de noche. Es difícil distinguir el camino. ¡Además, hay peligro de ladrones y de bestias, así que, ven y pasa la noche con nosotros!”.

Jesús cedió a la insistencia de ellos: “Entró, pues, a quedarse con ellos” (v. 29b). Jesús entra a las vidas de aquellos que lo inviten (Apocalipsis 3.20).²⁵

“Y aconteció que estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo, lo partió, y les dio” (v. 30). Lo normal era que el anfitrión diera las gracias por el pan y luego lo pasara, pero ellos,

²² La posesión del eunuco, de un rollo conteniendo el libro de Isaías (Hechos 8) era de lo más inusual; es seguro que le debió costar una enorme suma. ²³ Pienso que Lucas 2.52, y otros pasajes, enseñan que Jesús obtuvo su conocimiento básico de las Escrituras, de la misma forma que lo obtenemos nosotros: estudiando. ²⁴ Por cierto que, si ellos no le hubieran obligado a quedarse, ¡jamás habiéramos oído de Cleofas! ²⁵ Jesús entra a las vidas de los que se le rinden a su voluntad (Mateo 7.21–23).

aparentemente, estaban tan impresionados con Jesús, que le pidieron que se hiciera cargo del papel del anfitrión. Lo que Jesús hizo aquí, era algo que él había hecho anteriormente. Las mismas palabras son las que se usan para hablar de la alimentación de los cinco mil (cf. Lucas 9.16) y de la institución de la Cena del Señor. Los que habían andado con Jesús lo habían visto bendecir y partir el pan cientos de veces antes de cada una de las comidas regulares.

Cuando Jesús dijo aquella palabra de acción de gracias, fue cuando de repente se dieron cuenta de quién era. “Entonces les fueron abiertos²⁶ los ojos, y le reconocieron” (v. 31a). Así como no podemos tener certeza de la razón por la cual no lo reconocieron al comienzo, tampoco podemos tener certeza de la razón por la cual, de repente, lo reconocían ahora. Esto es lo que el versículo 35 dice: “Le habían reconocido *al partir el pan*”. (Énfasis nuestro). Tal vez tenía alguna forma distintiva de dar las gracias y de compartir el pan. Tal vez tenía alguna forma distintiva de orar; por ejemplo, en lugar de decir: “Padre nuestro” (Mateo 6.9), dijo: “Mi Padre” (Juan 10.29). Tal vez, cuando Jesús sostenía el pan en sus manos, los dos discípulos vieron las marcas de los clavos en sus manos. Tal vez fue que algún impedimento divino fue removido cuando Jesús tomó el pan en sus manos (v. 16). No sé cómo fue que sucedió exactamente, pero ¡de repente ellos supieron que era Jesús!²⁷ ¡No quedaba ninguna duda! ¡Jesús había resucitado!

Las palabras que siguieron dan la impresión inicial de ser un anticlímax. Una vez que reconocieron a Jesús, éste parece haber sido el momento perfecto para que les continuara instruyendo y animando. En lugar de ello, esto es lo que leemos: “Mas él se desapareció de su vista” (v. 31b). Esto no significa que él se pusiera de pie y saliera por la puerta. Lo que significa, más bien, es que un segundo antes él estaba ahí, y un segundo después ya no estaba. ¡De repente, se había ido!

No fue que Jesús abandonara a los dos discípulos. El versículo 36 hace notar que Jesús se les apareció otra vez, a ellos, aquella noche, cuando Cleofas y su compañero estaban con los apóstoles. Lo que Jesús estaba haciendo, era enviándoles un mensaje a sus discípulos. Antes de su muerte, estaba limitado por su carne. Caminaba con pies

humanos, trabajaba con manos humanas, y veía con ojos humanos, así como los apóstoles. Ahora estaba en un cuerpo resucitado y podía atravesar la piedra y la madera; ¡podía aparecer y desaparecer a voluntad! Parece que el mensaje era: “¡Ya no estoy limitado! ¡Puedo ir a cualquier lugar y estar en todo lugar! ¡Aún si ascendiera al cielo, todavía puedo estar con ustedes en cualquier lugar que se encuentren, para fortalecerles y ayudarles!”. Es un mensaje que todos necesitamos.

Ahora todo estaba claro para los dos discípulos. “Y se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?” (v. 32). La apertura de los ojos de ellos comenzó con la apertura de las Escrituras.

LA ESPERANZA ES PUESTA EN PRÁCTICA (24.33–36)

La esperanza que ardía en los corazones de los dos discípulos de Emaús, no era algo que ellos podían reservarse para sí mismos. Era algo que debía ser compartido —no al día siguiente, sino, ¡aquella misma noche! (Alguien ha dicho que el mensaje cristiano no es de uno, sino hasta que uno lo comparta). “Y levantándose en la misma hora [i.e., inmediatamente], volvieron a Jerusalén” (v. 33a). Se les olvidaron todos los argumentos que le habían hecho a Jesús para convencerlo de no irse aquella noche, y se apuraron a caminar por entre la oscuridad. Acababan de haber andado once kilómetros a pie; ahora se apresuraban a recorrer la misma distancia, un viaje que les tomaría varias horas.

Cleofas y su compañero de viaje “hallaron a los once²⁸ reunidos, y a los que estaban con ellos” (v. 33b). Pudieron haber sido las diez, las once, o aun las doce de la noche. Sin embargo, los discípulos que estaban en Jerusalén no estaban conscientes del tiempo. Se había reunido para repasar los extraños eventos. El versículo 34 dice que el grupo discutía: “Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón”. El grupo estaba discutiendo un rumor sobre la reciente maravilla: ¡La aparición del Señor a Pedro!²⁹ Sin embargo, el relato de Marcos aclara que no todos los discípulos creían en este momento (Marcos 16.11, 14).

Los dos viajeros añadieron el testimonio de ellos. “Entonces ellos contaban las cosas que les

²⁶ Esta frase distintiva se encuentra a menudo en las Escrituras (2 Reyes 6.17). ²⁷ En la versión Cotton Patch (en inglés) se lee: “les amaneció”. ²⁸ La frase “los once” fue un término usado algunas veces para referirse a los apóstoles mientras a Judas se le buscaba un reemplazo, después de lo cual fueron llamados “los doce” nuevamente. Menciono esto porque algunas referencias cruzadas nos informan de que Tomás no estuvo presente para la primera aparición de Jesús, a los apóstoles como grupo. ²⁹ No tenemos detalles acerca de esta aparición, pero Pablo también se refirió a ella en 1 Corintios 15.5. Esta es una de las grandes historias no contadas de la Biblia: ¡Una aparición especial al mismo que lo había negado a él!

habían acontecido en el camino, y cómo le habían reconocido al partir el pan” (v. 35). Me parece verlos a todos, inclinados hacia adelante, escuchando atentamente, con una mirada de convicción en algunas de las caras, a la vez que otros, todavía lidiaban con la duda. Esto es lo que Marcos 16.13 dice: “[Cleofas y su compañero] fueron y lo hicieron saber a los otros; y ni aun a ellos creyeron”. Una cosa era cierta: No eran Cleofas ni su compañero quienes lidiaban con su fe. Ellos habían reconocido al Señor; ¡ellos *sabían* que había resucitado!³⁰

Mientras hablaban, ¡Jesús apareció de pronto allí! “Mientras hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos” (v. 36). El tiempo no nos alcanza para continuar con la historia. Debemos terminar nuestra lección aquí—con dos personas que dieron comienzo a un viaje con la esperanza muerta, pero que ¡lo terminaron con la esperanza viva!

CONCLUSIÓN

No conozco la condición de su esperanza—sea que esté ardiendo vivamente, sea que esté titilando, o sea que ya se haya extinguido. Si su esperanza está muerta, como lo estuvo en el caso de los discípulos de Emaús, entonces puede ser reavivada mediante el anclaje de su fe en el fundamento de la verdad de la resurrección de Jesús. Esto fue lo que Pedro escribió: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericor-

dia nos hizo renacer para *una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos*” (1 Pedro 1.3; énfasis nuestro).

Son muchas las razones, para creer en la resurrección, que se han mencionado: la verdad de la tumba vacía, el dramático cambio que ocurrió en los corazones y en las vidas de los incrédulos discípulos de Jesús, el testimonio de intachables testigos.³¹ Son muchas las razones que tenemos para hacer eco de las victoriosas palabras del versículo 34, del texto que estamos estudiando: ¡“Ha resucitado el Señor verdaderamente”!

Sin embargo, el saber que existe el pan, por sí solo, no nos quita el hambre, y el saber que existe el agua, por sí solo, no nos quita la sed. Así también, el saber acerca de la resurrección, por sí solo, no llenará nuestros corazones de esperanza. Usted debe creer y después expresar esa fe, primero, siendo levantado con él de la tumba acuosa que es el bautismo, y después, por medio de andar con él en la nueva vida (Romanos 6.3–6).

Cuando Cleofas y su compañero se sentaron con Jesús en la casa de ellos, aquello parecía una comida ordinaria, con un pan ordinario, en una casa ordinaria. Luego, algo extraordinario ocurrió. ¡Este puede ser un día ordinario para usted, pero si somete su voluntad al Señor, el mismo, puede llegar a ser extraordinario!³² ■

³⁰ La palabra del griego que se traduce como “reconocido” en el versículo 35 es una forma de la palabra de la cual se traduce “conocer”. ³¹ El Señor no va a hacernos una aparición personal a nosotros, tal como se la hizo a los discípulos de Emaús, pero el registro inspirado de lo que sucedió, sirve al mismo propósito (Juan 20.30–31). ³² En un sermón, esto es lo que hago notar: “Este puede ser un domingo ordinario, en un edificio ordinario, con un predicador ordinario... ¡pero puede ser un día extraordinario para usted si somete su voluntad al Señor!”.